

SOCIOLOGIA,

SOCIOLOGOS Y ECONOMISTAS

I

Cada una de las ciencias sociales particulares (1) se constituye y especifica, entre otras cosas, por la proyección de un grupo —idealmente sistematizado— de problemas sobre un plano aporoblemático (2).

El plano aporoblemático, desde el punto de vista de la especialidad, representa o un saber incuestionable e inconcuso, evidente por sí, «natural» y obvio, o una premisa cuestionable, pero incuestionada y aceptada como mera hipótesis de trabajo (3).

(1) *Ciencia social es un flatus vocis*; no existe realmente. Sólo las ciencias sociales particulares poseen existencia real. No por un acaso —dice MAX WEBER— el concepto «social», que parece tener un sentido muy general, recibe —en cuanto se verifica y comprueba su aplicación— un significado particular, específico, aunque indeterminado. Lo general del concepto «social» consiste en su indeterminación. *Wissenschaftslehre*, 1922, pág. 166.

(2) No son las conexiones reales, sino las conexiones mentales entre los problemas, el fundamento de las esferas de trabajo en que las ciencias se organizan. «Dondequiera que con un nuevo método se atiende a un nuevo problema..., nace una ciencia». MAX WEBER: *Wissenschaftslehre*, 1922, página 167.

(3) Sobre «aporoblemático», inconcuso e incuestionable, vid. ALFREDO SCHÜTZ: *Der sinnhafte Aufbau der Sozialenwelt*, Viena, 1932, págs. 78 y sigs.

En la vida humana y social cotidiana —esto es, extrateórica y preteórica—, lo inconcuso e incuestionable no sólo es aquello en lo que no pensamos, sino que más bien es aquello desde donde pensamos, e incluso aquello con lo que pensamos. Para el sentido común, pensar sobre lo dado como incuestionable o no viene a qué» (cfr. MAX SCHELER: *Die Wissensformen und die Gesellschaft*, pág. 56 y sigs.). Este aporoblemático e inconcuso es, ya un contenido concreto —una creencia, por ejemplo—, ya un esquema categorial. Psicológicamente, el aporoblemático inconcuso rara vez aflora, ni necesita aflorar, a plena y lúcida conciencia.

En la teoría la situación es otra, y mucho más complicada. Al teórico le

Pero este «problemático» y este «aprobproblemático» no son esferas objetivamente independientes y rígidamente aisladas. El plano aprobproblemático —y, por consiguiente, también el problemático— varía de ciencia a ciencia, de modo que lo aprobproblemático en la ciencia *A* es problemático para las ciencias *B, C...* E inversamente. Para la economía, por ejemplo, es problemático lo económico, que aquélla proyecta sobre un plano constituido por una serie de supuestos aprobproblemáticos, desde el punto de vista de la teoría económica, y que se refieren a la naturaleza física, a la biología del hombre, a sus dotes psíquicas y a su estructura antropológica en general. Una ciencia económica que no aceptara incuestionadas estas premisas naturales, biológicas, antropológicas..., sino que cuestionará y problematizará la biología, la psicología, la antropología y la sociología, ya no sería una disciplina especializada. La teoría económica, pues, acepta como aprobproblemático un ancho campo de problemas. Esto que la teoría económica hace, como lo hace la jurisprudencia (4), la ética, la política..., es legítimo, y no puede dejar de hacerlo sin perder su razón de ser.

es indispensable un mínimo de percatamiento reflexivo de cuáles son los supuestos que él no cuestiona. La teoría filosófica, la filosofía, es por esencia problematicidad pura; «rendimiento de cuentas» total y sin reservas; el *logon didónai* de Platón. En este aspecto, la sociología se aleja de las ciencias especializadas y se acerca a la filosofía.

(4) Hace veinte años, los juristas —con o sin filosofía—, los sociólogos y los publicistas políticos querían averiguar qué era el Derecho. Las ciencias sociales, que hace veinte años aún eran preponderantemente ciencias jurídicas, tenían por finalidad principal conseguir aquello que aparentemente debiera ser su punto de partida y fundamento averiguado: una definición del Derecho. Pues a los filósofos, a los juristas y tratadistas sociales y políticos de entonces aún les zumbaban en los oídos las palabras de KANT: *Noch suchen die Juristen eine Definition zu ihrem Begriffe von Recht* (las palabras de KANT tienen otro sentido del que usualmente se les da).

Veinte años después, los mosqueteros del Derecho, de la sociedad y de la política transfirieron su interés y su cuidado; con el mismo afán, aunque sin mejor éxito, se entregaron a la pesquisa de la definición de la política. Es muy fácil hacer de profeta y prever que en los venideros veinte años buscaremos otras definiciones, sin que esto quiera decir que el paso de una a otra dirección de nuestro interés signifique que las ciencias respectivas hayan triunfado y conseguido las definiciones anheladas.

Si los juristas de antaño se preguntaban por la definición de su Derecho, y en dos líneas despachaban al concepto de la política, esto no prueba que de verdad supieran qué era la política. La seguridad, casi la *sans façon* con que hablaban de la política, significaba simplemente que los juristas no se «ha-

Pero que la economía ni pregunta por esas cosas biológicas, antropológicas o sociológicas, ni necesita preguntar directamente por ellas, no significa que los economistas puedan ni deban desinteresarse de la problemática encerrada en el plano económicamente apromblemático y sobre el cual erigen ellos su teoría económica. En otros términos: los economistas, cautos como los juristas o los moralistas, tienen que «estar al tanto» de por dónde anda la problemática específica de las ciencias que versan sobre el plano apromblemático de la teoría económica.

Este interés de los economistas —y lo que decimos de ellos vale para todos los especialistas en ciencias sociales—, si bien es un interés de fundamento objetivo, también es un interés histórico y sociológicamente condicionado. El interés que se otorgue a cada uno de los problemas que, incuestionados, entran en el plano apromblemático de la economía, depende de la situación real, histórica y social en que se halla cada uno de los elementos económicamente apromblemáticos. Es decir, el interés del economista por esos supuestos no económicos de su economía depende, en primer lugar, de la problemática real; en segundo lugar, del estado de las ciencias que se ocupan de la problematicidad de lo aceptado como apromblemático por la teoría económica.

II

Entre las ciencias que estudian las premisas económicamente apromblemáticas figura la sociología. Con varios y muy singulares títulos reclama la sociología el interés atento de los economistas.

cian cuestión» del problema de lo político. Análogamente, la desevoltura con que los pesquisantes del concepto de lo político *liquidan* hoy al concepto del Derecho (recuérdese la afirmación de C. SCHMITT: Todo Derecho es *Situationrecht*) no testimonia una superación de los obstáculos que de antiguo cercan a la definición del concepto del Derecho, sino que pura y simplemente manifiesta cómo en la realidad social actual y cotidiana la creencia en el Derecho pierde poder real y autoridad social. No nos importa qué sea el Derecho, porque no nos importa el Derecho; y no nos importa el Derecho teóricamente, porque cada día el Derecho importa menos en la vida humana. En cambio, lo que hoy nos importa es la política. Por esto queremos alcanzar una definición suya. *Porque en los últimos veinte años hemos vivido una progresiva politización de nuestra existencia, nos interesa urgentemente averiguar qué es esa política bajo cuyo riguroso imperio vivimos... y morimos.*

La sociología es, primero, una ciencia máximamente problemática (5). A diferencia de las especialidades sociales *sensu strictu*, la sociología actual pretende reducir a un mínimo su propio plano aproblemático. El intento de esta orgulloísima teoría que se llama sociología es problematizar teóricamente, esto es, sociológicamente, todo cuanto pueda, aunque tenga que llegar a morderse la cola. De Augusto Comte a nuestros días, la expansión de la problemática sociológica ha crecido fabulosamente en dos direcciones: a), por incorporación de nuevos problemas, más o menos homogéneos con su problemática inicial; y b), por problematización —paulatina, pero ininterrumpida— de su propio plano aproblemático. La SOCIOLOGÍA ha problematizado extensiva e intensivamente sus problemas sociales, pero también está haciendo algo inaudito: problematizar su *logía* y las de todas las demás ciencias. La sociología actual es o quiere ser sociología de la economía, del derecho, de la política, del arte, de la moral...; pero al mismo tiempo insiste en otra pretensión descomunal: ser también sociología de la ciencia de la economía, de la ciencia del derecho, de la ciencia política, de la ciencia del conocer científico y del saber... (6). Y nótese

(5) Esta problematicidad radical le pertenece a la sociología objetivamente. Pero problematizar radicalmente es un acto del que pocos son capaces. De aquí que el *habitus* exigido objetivamente por la sociología sea tan difícil de alcanzar subjetivamente. Como prueba sólo diré esto: para el sociólogo no existe lo trivial. En buena parte, la sociología consiste en mostrar cómo no hay nada trivial en la vida social. Vid. MAX WEBER: *W. und G.*, pág. 23. Para lo antecedente, cfr. PAUL LUCHTEMBERG: *Übertragungsformen des Wissens*, 1924.

(6) EN PARETO se lee: «On peut envisager la théorie indépendamment de celui qui l'a produite et de celui qui l'accepte; disons *objectivement*...» Pero más lejos agrega: «On peut considérer les théories par rapport à qui les produit et à qui les accepte...» Estamos ante un modo de preguntar específicamente sociológico; PARETO lo concreta así: «a) *Raisons pour lesquelles une théorie donnée est produite par un homme donné*. Pourquoi un homme donné affirme-t-il que A est égal à B? Viceversa: s'il affirme cela, par quels mobiles est-il poussé? b) *Raisons pour lesquelles un homme donné accepte une théorie donnée*...» PARETO no olvida terminar con esta afirmación: «Ces questions s'étendent des individus aux collectivités». VILFREDO PARETO: *Traité de Sociologie Générale*, 1917, vol. I, § 13. Cfr. también el § 14.

A mi saber, el primero que ha hablado de una «sociología de la ciencia» es J. SCHUMPETER: «Vergangenheit und Zukunft der Sozialwissenschaften», *Schriften des Sozialwissenschaftlichen Akademischen Vereins in Czernowitz*, Munich y Leipzig, 1915 (el texto edita una conferencia de 1911). El capítulo IV de este trabajo lleva por título: «Resultate der Schulenkaempfe. Zur Soziologie der Wissenschaft».

que esto no quiere decir simplemente que la sociología invite a las otras ciencias a que se hagan sociológicas, en el sentido, por ejemplo, de que las demás ciencias sociales deban recibir en su plano apromblemático ciertas premisas o ciertas conclusiones establecidas por la sociología como ciencia específica de lo social. Esta invitación la cursa la sociología, ciertamente, pero su pretensión no se cifra en eso sólo. La actitud de la sociología es mucho más radical y significa que ella, una ciencia, un logos y una teoría, postula una reducción de la teoría, del logos y de la ciencia a puros efectos de factores sociales.

El fenómeno es tan grave, tan inaudito y radical que no es fácil declararlo y lograr exponerlo accesiblemente. Y no por lejano o exótico, sino por todo lo contrario: el sociologismo de la sociología, como su hermano gemelo, el historicismo de la historia, más que un principio o que una actitud consciente y deliberadamente adoptada y sostenida, es una atmósfera y un ambiente; la atmósfera y el ambiente de nuestro tiempo.

A este medio ambiente y a esta atmósfera no escapamos negándonos ni condenándolos. Los anatemas y las interjecciones gruesas no son aquí sino nuestro impotente reconocimiento de su poderío.

III

Estos caracteres de la sociología traen consigo que el interés suscitado por ella entre los economistas sea una extraña y desequilibrada mezcla de atracción y repulsión. La modernidad y la actual boga y moda (pues en moda está, aunque ella no sea sólo una moda) de la sociología, no le quita su aire impertinente y hasta insolente. La sociología no es, desde luego, una ciencia elegante. Su inelegancia la siente cualquier economista, o cualquier otro especialista que se acerca a ella. Pero, por otra parte, esquivarla no es posible; ya envejeció el tiempo en el cual la sociología podía ser desdeñada por las demás ciencias. La sociología ha traspasado triunfal la edad de la sátira; nadie que viva su tiempo ve hoy en la sociología un maestro ciruela. El magisterio de ella, antes burlado, es innegable, bien que a muchos la sociología les parezca un feroz maestro de altas obras, encargado de cegarle el gañote a cuantas especialidades coge por su cuenta.

Las grandes cóleras encendidas en los especialistas por la lec-

tura de obras más o menos acentuadamente imbuídas de sociología, o sociológicamente orientadas; el furor, por ejemplo, con que Ludwig Mises (7) responde a la lectura del libro de Gunnar Myrdal, tiene su íntima y última causa en el sentimiento que sobrecoge a tantos especialistas de que la sociología, si no es un cruel verdugo, sí es, como por Granada decimos, un «farata-fiestas».

Este sentimiento de que la sociología viene a vapulear las ciencias particulares y a turbar su paz es más acerbo por lo fácil que les resulta a los especialistas *refutar* los errores de especialidad cometidos en sus investigaciones y exposiciones por los sociólogos. Pero el especialista presente, con razón, que tales errores son secundarios, y que es la actitud sociológica de la sociología misma lo que de veras le molesta, le inquieta, pues, en resumidas cuentas, disloca el plano apromblemático sobre el cual descansa la problemática especializada. Sin embargo, esta picazón, ocasionada en su alma de especialista por la actitud sociológica, es lo que *fundamentalmente* gana el economista que se acerca a la sociología.

Pero, aparte de éstos, aún hay otro motivo para que especialistas en general y economistas en particular no se sientan muy complacidos con la sociología. Este otro motivo es la cómica desproporción que entre las pretensiones y las obras de la sociología existe. En realidad, se trata de una discrepancia entre lo que el sociólogo busca en la sociología y lo que el sociólogo puede realmente darle. Los no sociólogos piden a la sociología lo que en sus primeros balbuceos creían los fundadores de ésta que podían prometer: una sociología de la sociedad. Hoy, y en este punto, la desazón reina tanto fuera como dentro del recinto sociológico; la sociología desazona a tirios y troyanos, a sociólogos, no sociólogos y anti-sociólogos, porque, a pesar de los aspavientos de unos y de las grandes tramoyas de otros, todos tienen el sentimiento de que la sociología, como *sociología de la sociedad*, es un imposible. Resulta que las sociologías particulares, las investigaciones sociológicas regionales o como quiera que se les llame, las sociologías, verbigracia, del di-

(7) Mises estaba acostumbrado a las polémicas fáciles; véase su *Die Gemeinwirtschaft*, 1932, pág. 256, donde se hallará un donoso texto de LILIENTELD (*La pathologie sociale*, París, 1896, pág. 95), aquel caballero que creía en aquello de «nemo sociologus, nise biologus». A GUNNAR MYRDAL (*Das Politische Element in der Nationaloekonomischen Doktrinbildung*, 1932), la verdad es que MISES no logra entenderlo (cfr. MISES: *Grundprobleme der Nationaloekonomie*, 1933, págs. 56 y sigs.).

nero o del amor, del culto o del deporte, son fructíferas y a veces sorprendentes (8). Pero no así lo que con redundancia verbal, pero no conceptual, se puede llamar la sociología de la sociedad. Una sociología que no tendría por tema fenómenos sociales (y fenómeno social es casi todo, de una u otra manera), sino la sociedad.

IV

La razón de la inexistencia de un tal saber de la sociedad, aunque sea un grave tema, no pertenece al nuestro. Lo único que queremos mencionar es las varias consecuencias que ha tenido y tiene en la actitud de los sociólogos respecto a lo que como objeto no podían conocer.

De entre esas consecuencias, la principal es que el problema de qué sea la sociedad, sentido como teóricamente inescrutable, imperceptiblemente se traslada de plano, y del plano teórico se desliza hacia el de la acción social real. En este desplazamiento veo yo una conducta semejante a la practicada por los niños cuando toman un juguete cuyo mecanismo no entienden y lo destripan para luego intentar recomponerlo; reconstruir, como si dijéramos, el proceso creador. Algo no muy lejano de esto intentan los sociólogos cuando, cansados de no poder averiguar qué es la sociedad, planean o planifican una sociedad nueva, con la esperanza de que la realización de esa sociedad les descubrirá la fábrica secreta de la sociedad; el ser y la esencia de cualquier sociedad; de la sociedad en general.

(8) De temas de gran formato se han hecho estudios tan sustanciosos como los de von MARTIN sobre la sociología de la cultura medieval y renacentista. Rozando la «beletrística», pero con sumo ingenio y agudeza, se ha escrito, por ejemplo, una sociología del verdugo (R. CAILLOIS).

En el libro de NORBERTO ELÍAS: *Ueber den Prozess der Zivilisation (Sozio-genetische und psycho-genetische Untersuchungen)*, 2 vols., 1939, se hallarán más disciplinadas investigaciones. Valgan, como ejemplo, las breves monografías contenidas en el volumen I, cuyo título especial es *Wandlungen des Verhaltens in den weltliche Oberschichten des Abendlandes*. NORBERTO ELÍAS, que es discípulo de K. MANNHEIM, diserta, entre otras cosas, sobre los usos y maneras de comer y de comportarse en la mesa, sobre el modo social de trinchar la carne..., sobre el sonarse y el escupir. A quienes estén dispuestos a sonreírse tras leer esta nota, les recuerdo lo dicho en la nota (5). Por lo demás, su sonrisa está «socialmente condicionada», si no causada.

Se disienta o no de la interpretación antecedente, en todo caso el hecho históricamente incuestionable es que desde su primer origen la sociología se enamoró de la actividad y desde su seno íntimo emitió una apasionante llamada a la acción. El motivo de este activismo, que tiene tanta importancia para las relaciones entre sociología y economía, no es ni misterioso ni arbitrario. La «sociedad» en que nació la sociología, el estado social que llevó al pensamiento sociológico, era una sociedad y un estado —sálvese la contradicción verbal— dinámico. Concluir de aquí que toda sociedad es pura dinamicidad, nudo movimiento, puede que sea arbitrario, pero no hay arbitrariedad en aceptar que nuestra sociedad lo es y, hasta donde previsible, continuará siéndolo. El resultado concreto de esta vivencia es anular como válidas para el presente y, sobre todo, para el porvenir, todas las representaciones orgánicas y conservadoras —en el sentido romántico de la palabra— de la sociedad. Los hombres de hoy creen, y tienen sobradas razones para creerlo, que en la sociedad moderna nada «está ahí» que no haya sido puesto, o que una vez puesto siga estando sin nadie que le ayude a persistir. O sea: la conservación, como la revolución, son procesos, y el proceso de conservar —la expresión es casi contradictoria— no exige menos voluntad activa que el proceso revolucionario (9).

Este proceso activo, sea de conservación o de innovación, puede hoy llevarse a cabo con técnicas de una enorme eficacia. Nuestra situación es diferente de la época de Tomás Moro; es cierto que el desequilibrio entre lo proyectable y lo asequible seguirá existiendo, pero, en cambio, no nos parece imposible planear y ejecutar ninguna utopía. La razón de esto es que con las técnicas actuales puede destruirse cualquier estructura social tradicional. La utopía no será alcanzada positivamente, pero el estado social real, explícita e implícitamente negado por el proyecto utópico, puede quedar desmenuzado, hasta no dejar titere con cabeza. No sabemos aún qué será una sociedad socialista o comunista, pero podemos pulverizar la sociedad capitalista. De aquí uno de los rasgos más típicos de nuestra época: la preponderancia de lo negativo.

Para los especialistas de las varias ciencias sociales, pero sobre todo, para los economistas, este dinamismo social y esta preponde-

(9) La acentuación de lo dinámico se opone también a la idea de la armonía preestablecida.

rancia de lo negativo e informe es una gravísima calamidad. Pues un mínimo de constantes indebatidas y formalmente precisas pertenece a su campo aproblemático. O en otros términos: la teoría económica parte siempre de una forma económica determinada; la teoría política, de un *status* político determinado... El economista, sin duda, puede trascender sus datos positivos y elevarse a las «esencias». Pero la economía pura no es posible sino desde una economía *impura*, esto es, real.

V

La actitud del sociólogo, como ya he advertido, es otra y mucho más compleja. Desde su origen —y a estos efectos da lo mismo que se fechen sus principios en Platón que en Comte— la sociología ha sido ambivalente. Lo específico de la actitud sociológica no está, sin embargo, en su acentuación del valor de la práctica. Objetivamente todas las ciencias sociales quieren ganar un saber de la realidad que sirva para saber *hacer* realidad. Lo peculiar de la actitud sociológica no está ahí ni podría estarlo.

En las ciencias más antiguas, sociales y no sociales, se llegó a distinguir, tácitamente, al menos, entre la función y misión de las ciencias y la función y misión de los teóricos. Hilando delgado esta distinción se declara bien así: en el mundo occidental, las ciencias han poseído una función social, mientras que a sus científicos no se les ha atribuido ni reconocido sino una función teórica. O insistiendo de otro modo: el papel social de la teoría y el de los teóricos no han coincidido. Los teóricos ni reinan ni gobiernan en la sociedad. Cuando se nos cuenta la anécdota de Aristóteles y Alejandro, podemos advertir que aquí hay dos cosas de importancia: Alejandro y la filosofía de Aristóteles; no Aristóteles mismo (10). La personalidad del teórico ha tendido en Occidente a objetivarse en términos máximos. Con la teoría y los teóricos ha pasado como con la realeza inglesa: la importancia objetiva de la monarquía devora la personalidad del titular. En el campo teórico este proceso de objetivación y «despatrimonialización» de la teoría respecto a su teórico ha avanzado muchísimo. Quizá porque la inhibición de

(10) Sobre Aristóteles y Alejandro hay una fábula deliciosa y divertida como ella sola. La fábula pertenece al impresionante mito de la *Giftmädchen*. Cfr. R. CAILLOIS: *El Mito y el hombre*, 1939, pág. 80 y sigs.

lo personal extrateórico sea condición indispensable para que la teoría sea tal teoría y cumpla con su misión social, que no es ya una misión teórica.

En la historia social real se han dado casos, y aún se darán, de teóricos —filósofos o especialistas— con actuaciones sociales y políticas. Esta dualidad de actividades, sin embargo, no pasa de ser una precaria unión personal de imperios muy diferentes. Los teóricos no tienen más misión que la de fabricar teorías (11). A éstas y no a aquéllos corresponde actuar en la sociedad. De otro modo en la sociología, y no para su bien, me temo, ni para el de la sociedad.

VI

La tensión entre teoría y práctica, que no tiene solución mientras no se advierta que el problema está mal planteado y que no consta de dos términos, sino de tres (entre la teoría y la realización práctica de principios extraídos de la teoría se interpolan los *leaders* sociales —figura social ésta que no analizaremos aquí— como entre una sinfonía de Beethoven, o de quien sea, y el auditorio se intercala la orquesta, los ejecutantes), penetra tanto la sociología que determina un *habitus* sociológico muy distinto del *habitus theoreticus* genuino. En el sociólogo se suman en complicado «cock-tail» el teórico propiamente dicho, el profeta, el reformador, el procurador universal del género humano... El resultado de esta mezcla no es nuevo en la historia. En rigor, tal superposición o fusión, según cada caso individual, de actitudes es señal de seguro primitivismo; o de atavismo, si hoy ocurre. En los primeros albores del pensamiento no hay ni indicios de *habitus* teórico puro. Mucho menos en los del pensamiento teórico social. Se diría que aquí el material dado a la reflexión teórica reaccúa sobre la humanidad del aspirante a teórico y le infunde sus caracteres. Me explicaré. La actitud teórica ha podido imponerse en el campo de las ciencias abstractas y de las ciencias naturales, porque ahí no hay miedo de que el teó-

(11) Sobre la posición social de los teóricos y de los intelectuales en general, a partir de la Edad Moderna, v. ROBERTO HEISS: *Der Gang des Geistes. Eine Geschichte des neuzeitlichen Denkens*, Berna, 1948; en especial, página 149 y siguientes. Puede verse también J. SCHUMPETER: *Capitalism, Socialism and Democracy*, 1943, págs. 145 y sigs., donde SCHUMPETER diserta sobre «the Sociology of the Intellectual».

rico se torne piedra, nube, astro o número. De otra manera muy distinta en las ciencias que solemos llamar del mundo humano. Es el mismo fenómeno que con particular claridad se observa en un campo limitado y que erróneamente se cree exclusivo de ese campo. Me refiero al enloquecimiento de los psiquiatras. En cierta medida, lo mismo puede pasarles a quienes no son psiquiatras. Los sociólogos, en particular, han padecido siempre esta exposición a transformarse en su «materia». Un sociólogo, por ejemplo, sabe que no hay sociedad sin ideas sociales, sin creencias, sin religión, sin usos, sin hábitos, sin todo lo demás. Pues bien, pasar de teórico de las ideas a ideólogo; de sociólogo de la religión a profeta religioso, es harto fácil.

A esta propensión, añádase que entre los sociólogos —me atrevo yo a interpretar— han abundado siempre los políticos frustrados; los *Machtmenschen* a quienes las circunstancias o su índole personal han cerrado la actividad política directa. De aquí —en buena parte— su exaltación doctrinal de la acción y su inclinación a convertirse en puros publicistas de partido político (12).

(12) En cualquier caso, la sociología prueba, evidentemente, cómo la idea de la ciencia no es en Europa una idea unitaria. En nuestro continente han caminado paralelas dos ideas de la ciencia, que sólo rara vez se han encontrado o cruzado: la idea que, con mayor o menor fundamento histórico, fecha su origen en Aristóteles, y según la cual la ciencia es pura contemplación —visión contemplativa—, y la otra idea, cuyo padrino más citado es BACON. Para esta última idea, la ciencia es poder (¡un enunciado verdaderamente extraño!), acción y, por consiguiente, previsión; y respecto al mundo humano y social, mostración y propugnación de lo que debe ser.

La sociología, que tanto debe a HEGEL, halla en éste, sin embargo, un enemigo manifiestamente hostil a la inclinación comtiana y sociológica en general de concebir la sociología como teoría que al par que conoce la realidad (*begreifen* en la terminología de HEGEL) nos adoctrina (*belehren* en HEGEL) sobre lo que debe ser realidad. Para HEGEL esto es imposible, pues la ciencia y la filosofía llegan demasiado tarde para poder corregir al mundo. Cfr. HEGEL: *Grundlinien der Philosophie des Rechts* (edic. Lasson), en cuyo prólogo figuran sus tan famosas como citadas palabras sobre el buho de Minerva. Véase también su *Phil. der Geschichte* (edic. Lasson; vol. I, págs. 48 y 49), donde, entre otras, se leen estas palabras: «So sind Wissenschaften und das Verderben, der Untergang eines Volkes immer miteinander verpaart».

Ningún lector debe, sin más, asociar esta sentencia de HEGEL con pensamientos de ROUSSEAU (en particular con el texto del *Discours sur l'origine et les fondaments de l'inégalité parmi les hommes*; «l'homme qui médite est un animal dépravé»). HEGEL no cesa de afirmarnos el carácter ontológico original del pensamiento humano. Cfr. *Phil. der Geschichte*, edic. cit., vol. I, págs. 1, 20, 142, 209 y 283.

VII

Comprendo perfectamente que a los demás agravios que los economistas tienen recibidos de la sociología se suma una extremada y ruinosa desconfianza hacia la tal sociología; que tunde y no aupa, pensarán los cultivadores de especialidades. Pero aunque comprendo y me explico el estado de ánimo de los economistas, no comparto ni su desconfianza ni su pesimismo, al menos, no en el mismo grado. Primero, porque creo que desde el punto de vista de su utilidad inmediata, la sociología, no obstante sus imperfecciones y confusiones, no deja de ofrecer sus bienes. Lo que ocurre es que, así como el sociólogo creador tiene que aprender a ver la sociedad y a construirse un hábito teórico depurado, el economista consumidor de pensamientos sociológicos tiene que aprender a leer las obras de sociología, como el sociólogo las de economía. Este aprendizaje no posee todavía criterios objetivamente estables, pero sí existen sucedáneos empíricos de esos criterios. Sin embargo, no es posible puntualizarlos todos, pues la mayoría no se aprenden por enseñanza didáctica —y pedante—, sino por la propia experiencia personal del lector, del mismo modo que se aprende a conducir un vehículo. Lo que el sociólogo, cuantitativamente más experto que el economista, puede aquí hacer es mostrar algunos de esos criterios, o sucedáneos de tales, que en buena parte no son sino cautelas psicológicas.

Uno de estos criterios es que la sociología sólo es tal cuando sus esquemas abstractos sirven para entender procesos concretos. Ahora bien, lo abstracto-concreto es, en sociología, un esquema máximamente relativo. En rigor, la sociología posee dos tipos de esquemas: los homogéneos y los heterogéneos. Todos ellos son generalizaciones ideales (prescindamos aquí de la cuestión de una sociología fenomenológica) de datos reales. Se diferencian, sin embargo, por su origen social y cultural histórico. Yo llamo, a nuestro presente objeto, esquema homogéneo al obtenido y aplicado dentro de un espacio y tiempo sociohistórico coherente, y a los esquemas contrarios, heterogéneos. La dicotomía conceptual sociedad-comunidad es un esquema homogéneo respecto al mundo europeo-americano; ha sido obtenido en él y sirve sólo para él. Los esquemas que podemos llamar heterogéneos son importaciones ganadas observando con ojos

occidentales fenómenos exóticos, culturalmente hablando. La mayoría de estos esquemas provienen de la etnología —*tabú* puede servir de ejemplo— y su valor, todavía escaso, irá creciendo a medida que esa especialidad se depure de arbitrariedad. Su función inmediata es servirnos o de *foil* sobre el que proyectar los fenómenos de nuestro mundo occidental o de catalizador mental y, sobre todo, moral.

VIII

Unos y otros esquemas no cumplen su finalidad si no logran mostrarnos las posibilidades dinámicas que para la sociedad total pueden tener los cambios parciales. Por ejemplo, un economista que considera los problemas de población tiene que buscar en la sociología un esquema que le muestre la acción social de un crecimiento de población por prórroga de la vida humana. Pues tal fenómeno, aparte su clara y restringida interpretación económica, tiene un significado social total. Esta totalidad la percibirá un economista preguntando a la sociología por los efectos de esa prolongación de la vida en esferas ajenas a su especialidad como teórico de la economía. Por ejemplo: ¿en qué sentido opera la prolongación de la vida en lo que respecta a la renovación de las *élites* sociales no propiamente económicas? ¿Qué puede pasar en una sociedad si sus políticos y dirigentes en el Poder llegan a tener noventa años? ¿Qué sucede en la literatura? ¿En la técnica?

Las consecuencias de este fenómeno de la prolongación de la vida, como sus causas, se entrelazan con la totalidad social, desde la economía a la moral. La sociología, claro está, no le dirá al economista qué es lo que necesariamente ha de pasar y pasará, sino que enunciará varias posibilidades. Pues esa prolongación de la vida de que hablamos puede tener efectos de suma sorpresa. En vez de estancar las *élites* —éste es su efecto aparentemente más probable— puede provocar su rapidísima sucesión y renovación interna. Dadas ciertas circunstancias, no es nada imposible que la edad media de «jubilación social» —en sentido sociológico, no jurídico— se reduzca a medida que se prolonga la vida humana, pues al disminuir la *chance* de ascender por muerte del superior, puede crecer la impaciencia y ésta llevar a una organización que socialmente compense a la naturaleza. Como también puede suceder que la técnica de la supresión violenta entre en juego...

IX

Finalmente, para acabar estas notas, advertiré que la concepción, mitad explícita, mitad implícita, que de la sociología esbozo en estas páginas, descansa fundamentalmente en una interpretación ascética del teórico social y del *habitus* intelectual del sociólogo.

Este, el sociólogo, entiendo yo, deberá vivir con la plena conciencia de que si su teoría es importante, su persona no lo es, socialmente hablando. El sociólogo ha de objetivarse y perderse en su obra, en su sociología. Un rigurosísimo voto de pobreza social será indispensable para profesar tal sociología. Razones de toda índole lo aconsejan y hasta lo exigen. La decisiva y más convincente es que, a mi juicio, la sociología apenas es una ciencia; apenas es un saber teórico mínimamente riguroso (13). Creo que deberíamos volver a estudiar la famosísima y perturbadora ley de los tres estadios, y expurgándola de sus ingenuidades, preguntarnos desde ella si nuestro estadio intelectual, el de la sociología, no está aún muy retrasado respecto a nuestra problemática social actual, respecto a la situación social real en que vivimos y seguiremos viviendo.

Tal repregunta del antiguo problema no puede responderse hoy como lo ha sido hecho en los últimos treinta años: románticamente; esto es, en detractores de la razón. Tampoco, claro está, desde un cartesianismo ingenuo —del que Descartes apenas tiene culpa. Y no aludiré más a este problema, salvo para pronosticar —muy poco

(13) Este «apenas ser aún ciencia» de la sociología no se ha de tomar como piedra que yo arrojo aquí contra la sociología. Al contrario; pues el saberse que aún no es ciencia, pero quererlo ser, lo sabe la sociología porque ella posee una peregrina conciencia de sus propias deficiencias objetivas.

La sociología —además— sabe hoy que su pretensión de llegar a ser ciencia implica una radical alteración del actual concepto de ciencia tenido por los profesionales de la ciencia, y que es un concepto insostenible. En cuanto se empieza a estudiar la historia del pensamiento europeo moderno, como lo hace HEISS, por ejemplo, comienza a percibirse claramente que la Europa moderna ni posee ni ha poseído nunca una idea unitaria de la verdad y de su saber.

A esta acerba evidencia actual únese la desilusión filosófica, que viene a vigorizar la connatural inclinación de la sociología a dudar de sí misma. Cfr. ROBERTO HEISS, op. cit., págs. 347 y sigs.

acorde con mis propias convicciones— que tal repregunta, y, por consiguiente, que la sociología ascética que puede levantarse sobre ella, tiene muy pocas probabilidades sociales a su favor. Probablemente los sociólogos de toda laya seguirán el ejemplo del menos ascético y más profético de los sociólogos actuales: Karl Mannheim. Pero con diferencias.

Los sociólogos en ciernes, los que sucederán a la generación ahora en el poder, se parecerán en un sentido demasiado mucho a Mannheim para que puedan parecerse en otro. Me explicaré —y en términos que pudieran gustar al propio Mannheim, si aún estuviera entre nosotros—: las vicisitudes que la juventud europea actual vive, se parecerán mucho a las que vivió el propio Mannheim, salvo que esos sociólogos en ciernes habrán vivido con mucha más intensidad la diáspora, la persecución, la inseguridad, el terror. Los jóvenes de la actual Europa, cuando alcancen la madurez intelectual, habrán vivido demasiado grave e intensamente para poder profesar sinceramente la ascética teórica. Les dolerá demasiado la vida para querer entenderla. Preferirán, como Mannheim, reformarla.

Pero, en comparación con Mannheim, esos jóvenes sabrán menos; mucho menos. Karl Mannheim había nacido en 1893 y fué a estudiar a Heidelberg, con Max Weber, en 1920. A efectos teóricos, haber nacido en 1893 es casi un privilegio; como no lo es —es casi todo lo contrario— haber nacido en 1923.

Sin ser un línce puede pronosticarse que si la sociología que mañana hagan los muchachos de hoy no ilustrará gran cosa a los economistas, en cambio les dará mucho que hacer; si es que para entonces aún quedan economistas que torturar.

NICOLAS RAMIRO RICO